

LECCIÓN 18.^a EL «AHORA» DEL REINO

1. Enseñanza de las parábolas acerca del Reino

Las parábolas nos revelan la naturaleza del Reino, el cual, en su modo de obrar y en su esencia, es un misterio. ¿En qué consiste este misterio? En el hecho de que el Reino de Dios viene como una semilla, aparentemente una de las cosas más insignificantes e indefensas; puede ser arrebatada por las aves, pisoteada por los caminantes, destruida por las tormentas o por el ardiente calor del sol. Por otra parte, a menudo, apenas se diferencia de las otras semillas. Este es el gran secreto del Reino en su forma presente. Y tras este misterio hallamos otro todavía más sorprendente, si cabe: Quien trae el Reino —Jesús— es asimismo el Sembrador con apariencias de debilidad, dependencia y hasta impotencia: el Hijo del Hombre es el sufriente Siervo de Yahveh. ¡He ahí el gran misterio del Reino de Dios: la persona de su Rey!

Ahora bien, el poder y el dinamismo del Reino se hallan totalmente en la persona de Jesucristo. La humilde y vejada (y aun vilipendiada) figura del Sembrador lleva escondida la secreta grandeza de la regia mesianidad de Jesús. La oculta grandeza de Jesucristo es el tema de los Evangelios, y en esta grandeza radica la real significación del Reino, pues determina su misma naturaleza.

2. El gran error de la teología liberal

El teólogo liberal del siglo pasado Adolf von Harnack afirmó que el Evangelio del Reino es el Evangelio del Padre, no del Hijo. Por desgracia, ha tenido muchos repetidores. Pero ahí está — como señala Ridderbos — el gran error de la teología liberal: el retrato que hace de Jesús es incompleto y su concepto del Reino es totalmente inexacto. En efecto, el carácter y el propósito del Reino vienen determinados por la persona y la obra de Jesús. El es «autobasileia», como escribió Orígenes. Y, así, en su existencia terrena se produce una curiosa tensión: Revelación y Misterio al mismo tiempo (las parábolas explican, pero también ocultan, los misterios del Reino); una tensión entre la grandeza escatológica y la humana debilidad. Lo primero pertenece a la «exusia» (facultad, dignidad, autoridad) con que Cristo habla en el Sermón del Monte, donde expone los principios del Reino y hace las más radicales demandas al hombre que quiera ser su discípulo, amor perfecto y completa entrega a Dios, y también cuando perdona los pecados y cuando hace milagros «señales» —según Juan— del gran tema de la salvación). Paradójicamente, ruega, al mismo tiempo, a quienes le rodean, que no vayan contando las cosas que han visto en lo que se refiere a tal grandeza. Su mesianismo gusta de un cierto secreto, porque quiere hacer su entrada en los corazones sin la aparatosa espectacularidad del «triumfalismo». Esta paradoja de revelación y misterio, de grandeza y debilidad, se resume y centra en el mismo nombre favorito de Jesús, el «Hijo del Hombre», en cuanto que trata de expresar la humanidad del Salvador en medio de los humanos, como hombre entre los hombres, a quienes viene a servir y salvar. Sin embargo, no podemos olvidar que el título «Hijo del Hombre», de acuerdo con la profecía de Daniel 7, es sustancialmente una figura celestial, que recibe todo poder y autoridad de manos del Altísimo. Y es a través de El como el Padre ejecuta sus maravillosas obras. Más aún, como ha demostrado E. J. Young, este Hijo de Hombre es divino. Suprema paradoja del Rey del Reino de Dios.

3. La cruz en el misterio del Reino

Al proclamar el Reino, debemos recordar cuanto llevamos aprendido. Añadamos a ello que la cruz forma parte de la revelación del Reino y, por lo tanto, también de su proclamación. Leemos en el Evangelio que el Hijo del Hombre tenía que ir a Jerusalén; lo exigía la obra divina de la redención. En ninguna otra parte es tan profundo el misterio del Reino como en la cruz del Calvario. El Sembrador se convierte allí en la semilla. Pero al propio tiempo se abre así un proceso escatológico. La dimensión del Reino se hace visible ya en las señales que rodean la muerte expiatoria de Cristo y que conmueven a la creación misma. Todo ello se hace aún más manifiesto en la resurrección, porque es entonces cuando el Hijo del Hombre entra en su futuro de gloria y recibe el poder descrito en Daniel 7. En Cristo, el Reino borra y trasciende los límites de las categorías terrestres. A partir de aquel momento, lo que fue escuchado al oído

deberá ser proclamado desde las terrazas (Mat. 10:27).

4. La resurrección de Jesús como nueva perspectiva

La resurrección de Cristo marca los límites entre secreto y revelación del Reino, porque en ella coinciden los dos tiempos: el presente y el futuro. Tal es el concepto que del Reino tienen los sinópticos. La resurrección es presencia del poder del Reino entre nosotros. Pablo lo recordará y enfatizará al escribir a los efesios (1:17-20). Así, el Reino se hace presente en el ahora de nuestro tiempo. El «éschaton» ha llegado ya en Cristo; el futuro se ha hecho presente. El mundo ha sido abierto para dejar al Reino de Dios libre acceso: y ello ha ocurrido en este nuestro planeta, en nuestro universo concreto. El «fuerte» ha sido vencido en su propia casa («el príncipe de este mundo»). No obstante, la resurrección pertenece también al orden de las futuras realidades. El Salvador resucitado y ascendido a la diestra del Padre ya no pertenece a las categorías terrenas: es el Hermano mayor —según la terminología de Hebreos— que presenta a sus otros hermanos ante el Padre como las primicias de la gran cosecha del futuro. De ahí que quede todavía un tiempo, un «eschaton» por cumplirse. La fase final del Reino, los nuevos cielos y la nueva tierra, son cosas que todavía están por venir.

Antes debe ser sembrada la semilla. No sólo Israel, sino todo el mundo, tiene que vivir ahora bajo la responsabilidad de lo que ha visto y oído acerca de Cristo y de su Reino.

En los sinópticos, el significado presente y futuro del Reino coinciden en gran parte. Antes de la resurrección de Cristo las perspectivas son algún tanto imprecisas, de acuerdo con la naturaleza misma de la profecía. Se hace mención de la venida del Hijo del Hombre y del Reino como si fueran eventos inmediatos; se hace referencia a los últimos tiempos dentro de un contexto judío, en el mismo marco de la tierra de Palestina. Como si todo convergiera hacia un solo punto, resurrección y «parusia». manifestación definitiva del Rey y del Reino, una vez por todas. No obstante, la resurrección abre una nueva perspectiva, más de acuerdo con el sentido profundo de la profecía veterotestamentaria; esta perspectiva de la resurrección nos enseña a distinguir entre lo que ha acaecido y lo que va a suceder; entre el punto de partida de la manifestación del Reino en la tierra y la eclosión final del mismo al fin de las edades. El ahora —esta dispensación que comenzó con la venida de Cristo— es el punto de partida de la «generación» que vive inmersa en las realidades del Reino y espera el futuro de plenitud del mismo.